

Magia de Valparaíso

JOAQUIN EDWARDS BELLO*

El hijo antiguo de Valparaíso, el que pasa todos los días bajo los ascensores, con preocupaciones necesarias, no comprende a las personas que claman las maravillas de su ciudad natal. Cuando lee los ditirambos inflamados de los forasteros se encoge de hombros y se dice:

—¡Yo los viera aquí, todo el año, luchando por el puchero!

Confieso que yo empecé a conocer la poesía y la belleza de mi ciudad natal después de haber salido a correr mundos. Antes de eso, mi sueño dorado de niño era salir de Valparaíso. En el liceo los mayorcitos solíamos blasfemar. Apuntando a un público imaginario exclamábamos:

—¡Pueblo imbécil!

Ahora grito, como Neruda: *;Te declaro mi amor, Valparaíso!*

Hay quienes no nos creen.

Cierto viejo porteño, bromista y escéptico, me decía:

—¿Qué les ha dado con inventar un Valparaíso sublime? ¡Son cosas de veraneantes!

Después de soltar la risa, me tomó de un brazo.

*No se puede prescindir de Joaquín Edwards Bello al referirnos a Valparaíso. Lo que él escribió acerca del puerto llena volúmenes. Sin embargo, él mismo reconoce que el tema es inagotable: "Uno podría vivir cien años en Valparaíso y no conocería la mitad más sabrosa de él".

Para rememorar su inimitable estilo, reproducimos uno de sus artículos y partes de otros dos, de la larga serie que publicó los días jueves, por varias décadas, en el diario *La Nación*, de Santiago.

—Vamos a tomar un trago.

Los inventores de un "Valparaíso sublime", a que se refiere este porteño, somos Neruda, Salvador Reyes, Manuel Rojas, Luis Meléndez, Uribe Echaverría, Ernesto Montenegro, Carlos Casassús y yo. *Merci.*

Pero el caso es que no solamente fuimos nosotros los inventores de un Valparaíso ideal. Nos acompañaron algunos ilustres extranjeros, entre otros, la bella y famosa escritora española, Concha Espina. De vuelta en España, recordaba esta escritora su niñez en Valparaíso, con su inseparable y dulce Doralisa.

Valparaíso tiene un secreto de belleza. Darwin, Blasco Ibáñez, Siegfried reconocieron la magia de su respireta, o aire que reposa y da fuerzas.

Hace treinta años llevamos a mi cuñado Boutet de Monvel a Valparaíso, en víspera de su partida de Chile. Nos reprochó:

—¿Por qué no me llevaron antes? Es el puerto más extraño y fascinante del mundo.

Amado Alonso, el catedrático español, después de visitar bares antiguos, cantinas y burdeles de cerros y de callejones, cayó preso. Decía alegramente:

—¡Emborracharse en Valparaíso! ¡Hay que emborracharse en Valparaíso!

El poeta español Alberti, en inolvidable poema, cantó: Hoy llego a ti, Valparaíso. Termina: Morir en ti, Valparaíso.

Darwin llegó a Valparaíso con las pupilas dilatadas por el espanto espiritual de un sobreviviente del Infierno. Resucitó en Valparaíso. "El aire claro y seco, la atmósfera pura y el sol brillante le hicieron surgir como nuevo". Con júbilo encontró una próspera colonia británica y un antiguo condiscípulo, Ricardo Corfiel.

Hace poco recibí una carta de Inglaterra, de Joseph Lister Close, Bootle 10 Lane. England. Me pide la novela *Valparaíso*, de que oyó, y todo cuanto pueda enviarle referente a Valparaíso, *which made me a lasting impresion.*

Otro caso: La escritora inglesa Bea Howe, residente en Londres y nacida en Valparaíso, ha publicado una obra titulada: *Child in Chile, Niña en Chile.* Dice que ahora en la edad madura, la cortina de su mente se alzó para dar paso a una niña de cara redonda, pensativa, de cabellos castaños, en un país de flores y de árboles aromáticos, en donde existen frutas de raros nombres: chirimoyas, paltas, nísperos dorados.

Imaginemos a esta dama inglesa en Londres, en South Kensington, donde vive, en un día de fog. Va pensando en su Valparaíso natal, donde el tiempo se ha detenido como por arte de magia. Va pensando en los cerros nativos, con cactus, con palmeras, con naranjos y con aromos.

Este Valparaíso, sin televisión, sin aeródromos, es —mirado desde Piccadilly Circus— la Tule, el Jardín de Armida, el *lost world*.

Los municipios de Valparaíso y de Viña del Mar, los alcaldes, don Santiago Díaz Buzeta y don Vladimir Hüber, en el acto de honrar públicamente a tres escritores cantores de Valparaíso, han realizado un acto histórico, ejemplar, inolvidable. Las ciudades, sin apoyo en el arte y en el verbo, pasan miserablemente y periclitán.

He visto en Valparaíso chiquillos descalzos, montados en burritos evangélicos, como los hijos de los apóstoles. He visto chiquillas montadas en burritos, como la Lollobrígida en *Pan, amor y fantasía*. He visto un hombre a caballo, con un ataúd al sesgo, camino del cementerio. He visto antiguas tiendas de compraventas en hoyos del puerto, con desperdicios de todos los mares. He visto iglesias químéricas, como Los Doce Apóstoles. He comprado libros de museo en la feria de la Avenida Argentina. Lo más notable son los ascensores. Como los canales de Venecia. Hagamos un ascensor con música. Sobre las olas. Hagamos un hotel Valparaíso en la avenida de Portales, donde sirvan el desayuno con frutas del tiempo. Donde sirvan chiquillas enfloradas. Turismo es fantasía. No quiten los ascensores ni las victorias de Viña del Mar.

El gran alcalde, don Santiago Díaz Buzeta, indicó el camino.

La Nación, 5 de octubre 1958

ONCE VALPARAISOS

Los españoles eran aficionados a ver paraísos en su tierra y en las regiones que descubrían. Pueblos con el nombre de Paraíso encontramos en Cuba, en Costa Rica, en México, en Salvador, en Uruguay, en Venezuela, en Honduras y en Nicaragua. Ahora voy a ocuparme de los Valparaíso, o valles del paraíso. Paraíso, como sabemos, es el lugar amenísimo en donde Dios puso la inocencia encarnada en Adán y Eva. Es el cielo de los justos.

Vicuña Mackenna dice: "El conquistador Juan de Saavedra, natural del lugarón llamado Valparaíso en Castilla la Vieja, descendía en setiembre de 1536 como corredor de Almagro sobre el valle de Quintil al que dio el nombre de su aldea natal".

No sé desde qué fecha le pusieron este nombre oficialmente a nuestro primer puerto. En documento de Pedro de Valdivia de 3 de setiembre de 1543 lo declara "puerto de esta tierra y de Santiago".

Juan de Saavedra no le puso a dicha caleta el nombre de Valparaíso, o

Valle del Paraíso, porque fuera muy hermoso y diferente por eso de las demás partes descubiertas a sus ojos, sino por la nostalgia que le perseguía de su tierra natal, a la que dio el mejor testimonio de amorosa constancia. Así hacían todos ellos y por lo mismo el mapa de América aparece tachonado con nombres de aldeas y de villas, insignificantes en España, y engrandecidas por el temple de los aldeanos o villanos que salieron de ellas en el siglo xvi a correr mundos.

¿De cuál de las villas españolas, llamadas Valparaíso en España, era Juan de Saavedra? Hay una en la provincia de Zamora, mil habitantes, cereales, patatas, legumbres, ganados. Hay otras dos aldeas, éstas con quinientos habitantes en la provincia de Cuenca. Son Valparaíso de Arriba y Valparaíso de Abajo.

Hay otro Val do Parayso, en Portugal, cerca del Monasterio de Nuestra Señora de las Virtudes, a nueve leguas de Rastelo. No sale en el mapa. Lo encontré en la historia de Cristóbal Colón, por Madariaga. Fue allá donde se encontraba el rey don Juan, guardándose de una peste, el año 1493. Val do Parayso está en la región de Santarem. Y van cuatro Valparaíso, en España y Portugal.

En Canadá hay un pueblecito llamado Valparaíso, entre Tisdale y Melfort, en Saskatchewan.

En los Estados Unidos hay tres, el más grande en el estado de Indiana, cerca del lago Michigan. Otro hay en Florida y otro en Nebraska, entre Memphis y Dwight.

Ya van ocho. Otro hay en el estado de Zacatecas, en México. Otro en la provincia del Centro, en Colombia, departamento de Antioquía. Otro más en la misma Colombia, y es un pequeño puerto del río Catatumbo, llamado Valparaíso. Ocho y tres son once. He repetido el tema para completar el número de los Valparaíso conocidos.

La Nación, 3 de febrero de 1955.

DOCE VALPARAISOS

En la crónica de 3 de febrero de 1955 señalé la existencia de once poblaciones y lugares de diversas partes del mundo que tienen el poético nombre de Valparaíso, o Valle del Paraíso. Val es el apócope de Valle. He completado una docena de lugares con dicho nombre. Descubrí otro en la narración de Fernán Caballero, titulada *Una en otra*. Se publicó esta obra en Madrid, en 1861, en el Establecimiento Tipográfico de Mellado, calle de Santa Teresa N° 8.

Se trata de la excursión en los alrededores de Sevilla, o *gira*, que es lo que ahora llamamos picnic, onces, o merienda campestre. Toda la narración es un encanto de evocaciones. Cada uno de los participantes en la gira contribuye con su plato.

Los contertulios se acomodan en la pequeña embarcación que les aguarda en la orilla del Guadalquivir y parten a San Juan de Alfarache, donde tendrá lugar la fiesta. Se trata de un pueblo pequeño sobre la misma orilla. Es domingo, diez de la mañana. Llegan. Se acomodan en la casita preparada para ellos, suben a la azotea. ¡Ahí está Sevilla! Ahí está, con su vestido moruno coronada con la grandiosa torre de la catedral. Es una hermosa sultana convertida, perfumada con sus naranjos.

Es 1860 en la narración. Voy a repetir lo que conversan los excursionistas mientras divisan a su querida Sevilla en la distancia. Uno dice:

—Pronto sólo recuerdos quedarán.—El moderno vandalismo va destruyendo sus antigüedades y borrando su fisonomía. Han quitado la *Cruz de la Tinaja* en la Alameda vieja. Era un monumento del tiempo de Don Pedro el Cruel. Han quitado la Cruz de la Cerrajería y el Arco Fenicio cerca del Alcázar. ¡Pobre Matrona! ¡Reina de dos Mundos un día y gloria de España! ¡Por eso gimes de noche con tus ruiseñores, suspiras con tus auras y lloras con tus fuentes!

Después de comer van a dar un paseo a la preciosa hacienda de Valparaíso, en la que hasta el nombre es poético. Varias sendas llevan a una fuente en la que todos van a beber. Tan rica es el agua que un entusiasta bebe hasta ocho vasos.

Ocho vasos de agua. ¡Qué moruno y qué español es todo esto! Como hace calor las damas se han quitado sus velos de tul negro y se han puesto flores en las cabezas.

¿Habían oído mis lectores de este lugar llamado Valparaíso en el Guadalquivir, en San Juan de Alfarache o Aznalfarache, que se dice de las dos maneras? ¿Estaría por ahí el cortijo de Don Juan?

Con este Valparaíso he completado la docena.

La Nación, 10 de octubre 1958